Santísima Trinidad - C - Jn 16,12-15 12 junio 2022

En su homilía, Mons. Romero no retoma el texto del Evangelio de este domingo.

Amplía sobre el significado de la Iglesia. Entre otras cosas, pide a la comunidad reunida que "grabe dos mensajes en su corazón". (1) "La Iglesia es comunión de los hombres con Dios"; (2) La Iglesia es comunión con el mundo. Reflexionamos a partir de una frase de cada parte de su homilía.

*"Hay momentos en que el Espíritu de Dios nos pide un esfuerzo más grande para hacer más visible la presencia de Dios en el mundo. Y se hará más visible en la medida en que nosotros todos: obispos, sacerdotes, religiosas, laicos, matrimonios, estudiantes, profesionales, todos los que nos llamamos católicos, tratemos de intensificar esta comunión con Dios por la renovación, por la conversión, por la santidad. El pecado en todas sus formas es la niebla que se interpone".*

En Europa, sentimos claramente que estamos en un momento histórico de crisis. Lo que ha hecho Israel durante décadas con el pueblo palestino, lo que hace Arabia Saudí en Yemen, lo que hizo EEUU en Vietnam, Afganistán, Irak, América Latina, nos ha dejado demasiado fríos. Cerramos los ojos ante la toma de Crimea mientras seguimos moviendo las fronteras de la OTAN hacia el este. Hoy nos conmueve la brutal guerra de Rusia contra Ucrania. Hablamos de paz pero suministramos armas, siempre más y más pesadas. Está claro que no somos expertos en el diálogo internacional por la paz. Damos prioridad a estos refugiados cercanos y blancos. Los precios de los derivados del petróleo, de los cereales y de muchas otras cosas suben de forma inimaginable. La amenaza de una tercera guerra mundial (nuclear) está empezando a despertarnos.

Para los cristianos, debería estar más que claro que el Espíritu de Dios nos pide explícitamente *"un mayor esfuerzo para hacer más visible la presencia de Dios en el mundo".* Parece que no lo hemos hecho lo suficiente. Las preocupaciones internas de la Iglesia sobre la doctrina y la liturgia, sobre la autoridad eclesiástica, un lenguaje ajeno al mundo, las relaciones con el poder y la riqueza, la adaptación cómoda a la economía de consumo y los temores sobre nuestra misión profética nos han dejado quizás demasiado a la sombra de la historia. Monseñor Romero nos da tres caminos para hacer más visible la presencia de Dios en el mundo: "*Renovación, conversión, santidad".* Lo repetimos en las tres preguntas de reflexión y acción.

*"La Iglesia quiere aprender el lenguaje, la cultura de los pueblos del mundo, para poder traducir en ese lenguaje, en ese modo de ser, su mensaje divino, que se identifica con culturas ni con partidos políticos, no con sistemas sociales, sino que es un mensaje que es luz para iluminar los sistemas soiales, los sistemas políticos, la vida de los hombres.”*

Sí, debe haber algunos cambios en nuestra Iglesia para que quede claro que no se identifica con, por ejemplo, la cultura europea occidental, cuyas raíces se remontan a la cultura del antiguo Imperio Romano. Pensemos en el origen de nuestros ornamentos litúrgicos y los vemos iguales en todas las iglesias locales del mundo. La verdadera inculturación de la Iglesia en los primeros siglos del cristianismo en la cultura greco-romana ha sido muy importante y fructífera. Pero nos hemos quedado estancados y atrapados en ella. Se ha convertido en una camisa de fuerza. La invasión y conquista española y portuguesa de América Latina fue acompañada por el trasplante de las tradiciones eclesiásticas de la época a los territorios ocupados y explotados. La triste e inhumana colonización de otras partes del mundo fue (casi) siempre acompañada de la destrucción total de la cultura local e indígena. Toda la liturgia de la Iglesia romana está mucho más estructurada racionalmente, mientras que los pueblos del Sur son mucho más festivos, coloridos, creativos y afectivos. Los sacerdotes exclusivamente célibes son difíciles de entender en muchas culturas. Afortunadamente, hay algunos intentos de verdadera inculturación aquí y allá, pero en realidad todavía estamos muy lejos. En algunas comunidades cristianas concretas, suele haber mucha creatividad en respuesta al Espíritu que renueva todo para que la vida real y concreta esté presente de forma dinámica en la celebración, pero cuando llega el obispo, bueno, la liturgia tiene que hacerse totalmente según el rito oficial.

Puede ser que hayamos conseguido romper los lazos con ciertos partidos políticos que llevan el cristianismo en sus banderas, pero en términos de sistemas sociales y políticos, la Iglesia sigue fuertemente identificada con el sistema liberal democrático occidental. Es curioso que a nosotros, como Iglesia, nos resulte especialmente difícil tener una presencia positiva y constructiva en un contexto de revolución social. Gran parte de lo que la Iglesia hace y no hace, y de lo que dice y no dice, está contextualizado en una cultura predominantemente de tradición cristiana. No hay más que ver los días festivos oficiales anuales en esas culturas, también en Bélgica, a pesar de su creciente diversidad cultural y la creciente apatía hacia la Iglesia.

Si bien es importante que los inmigrantes aprendan nuestra lengua para poder integrarse aquí, cabe preguntarse por qué en la Iglesia no nos esforzamos por aprender las lenguas de los inmigrantes, para poder encontrarnos con ellos en su lengua materna y ser testigos del Evangelio. Por supuesto, no se trata de ganar almas, sino de encontrar y enriquecer mutuamente a las personas y a las comunidades, también en términos de la experiencia de fe más profunda.

**Algunas preguntas para nuestra reflexión y acción personal y comunitaria.**

Monseñor Romero nos plantea claramente tres cuestiones sobre "Renovación, Conversión, Santidad

1. ¿Quién y qué necesitamos renovar urgentemente en nuestra Iglesia? Si tenemos el valor fiel de volver a Jesús mismo, al Evangelio, ¿qué tenemos que atrevernos a renovar en la Iglesia?

2. Por supuesto, no se trata sólo de una renovación exterior, sino de la conversión de nuestros corazones, de nuestras acciones, de nuestro discurso y silencio, de nuestro trabajo y oración. ¿Qué conversión personal y comunitaria es absolutamente necesaria? ¿Estamos preparados?

3. ¿Cómo ve la gente que nos rodea (donde vivimos, con quien nos relacionamos, amigos, en el trabajo, en los movimientos, en el partido, ...) que somos cristianos? Se trata de la santidad de nuestro testimonio. Monseñor Romero no se refiere a la santidad de los mártires o de los santos oficialmente reconocidos, sino al reto de cada cristiano (individual y comunitario) de seguir a Jesús lo más santamente posible. ¿Cómo podemos crecer en santidad?

**Luis Van de Velde**